

*Hete aquí luminoso, juvenil, perennal a los aires.  
Tu planta pisa el barro de que ya eres distinto.  
... ..  
Regresa tú, mortal, humilde, pura arcilla apagada  
a tu certera patria que tu pie sometía.  
He aquí la inmensa madre que de ti no es distinta.  
Y, barro tú en el barro, totalmente perdura (6).*

Es evidente en todo momento que la certidumbre del poeta es la tierra, y su generosa entrega a la humanidad forma parte de su total participación con la tierra.

Anteriormente, en su poema «Corazón negro», había dicho:

*Corazón negro.  
Enigma o sangre de otras vidas pasadas,  
suprema interrogación que ante los ojos me habla,  
signo que no comprendo a la luz de la luna.  
... ..  
Triste historia de un cuerpo que existe como existe un planeta (7).*

Y no obstante, a pesar de su escaso empleo de las palabras exaltantes de la divinidad, en su «Mar en la tierra», el poeta asegura que

*el que nació para un agua divina,  
para ese mar inmenso que yace sobre el polvo (8).*

Porque el poeta, sabedor de su humano amasijo terrenal, cree que nació para un agua divina, y en esa agua está palpitante el Creador. Lo inevitable, lo que nos decide terminalmente, aparece en su hermoso poema «La muerte»:

*¡Ah! eres tú, eres tú, eterno nombre sin fecha,  
bravía lucha del mar con la sed,  
cantil todo de agua que amenaza hundirte  
sobre mi forma lisa, lámina sin recuerdo.  
... ..*

Proclama, con toda su juventud (tenía treinta y siete años), su voluntaria identificación fatal con la tierra y el mar:

*Muerte como el puñado de arena,  
como el agua que en el hoyo queda solitaria,  
como la gaviota que en medio de la noche  
tiene un color de sangre sobre el mar que no existe (9).*

(6) Pp. 163-164. *Ib.*

(7) P. 98, 2.ª edic. *La destrucción...*

(8) P. 132. *Ib.*

(9) Pp. 176-78. *Ib.*

¿Qué mar es el que no existe y conocía él cuando cantaba el mar verdadero del planeta en que nació? Del mar *terrenal* dijo en su poema «La mina»:

*Calla, calla. No soy el mar, no soy el cielo,  
ni tampoco soy el mundo en que tú vives.  
Soy el calor que sin nombre avanza sobre las piedras frías...*

Si él no es el mar, pero *sí nacido para un agua divina*, cuando imaginaba su «Después de la muerte», otra vez, ¡cuantísimas veces radiantes en su poesía!, el mar contiene «esas aguas espesas que labios negros ya borran de lo distinto» (10).

En toda nuestra poesía, especialmente de posguerra, no hubo un ser tan complejo, tan lleno de valores y de riquezas intelectuales, como Vicente Aleixandre. Existe, invisible casi, un forcejeo —la palabra resulta excesiva— entre la *terraneidad* y la *divinidad* en su obra. El poeta actúa con voces creadoras desentrañadas de estados espirituales casi siempre; cuando despliega los fabulosos mantos de su creatividad, ¿puede ser solamente terrenal? Poeta dotado de una fuerza transformadora capaz de realizar las más lúcidas simbiosis, eso es Vicente Aleixandre.

Lejos, sí, de la torturante indagación que somete Juan Ramón Jiménez a su supernormal conciencia. Afirmativo y lleno de pasión de la tierra, Vicente alza en los tremendos años que siguen a 1939 una sólida presencia humana irradiando cordialidad y apoyo, gozo de la aceptada existencia, en sus fáciles y duras experiencias, constituyendo de tal modo positivo el puerto acogedor de una juventud vibrante y desacomodada entre lo pasado y lo presente en ascuas.

La exclamación alegre, el ánimo consejero, la luz que abre caminos entre el espesor de sombras inquietantes o amenazadoras; puerta amiga su casa para los itinerantes de provincias y los de la capital, la juventud iba dejando de ser anónima para confluír al *Río Nilo* (como le llamara Dámaso Alonso en un poema) de Velintonia, 3.

«El Silencioso» (Julio Trenas) que firmaba sus crónicas literarias en *El Español*, humorísticamente resaltaba en cierta ocasión la numerosidad de poetas en ciernes y hechos que frecuentaba la noble hospitalidad de Aleixandre.

El Premio Nobel fue siempre tardío para los escritores españoles. Años y más años entre los consagrados por él. Si a Juan Ramón Jiménez se le otorgó tan merecidamente por una poesía pura antes y después de su exilio, al concedérsele en 1977 a Vicente Aleixandre se premiaba una poesía cósmica, telúrica, del poeta que vivió sin

---

(10) Pp. 46 y 36 de *ib.*

moverse de su patria, un exilio interior. Nada aumenta ni disminuye una obra al hacerla aquí o allá, pero en ambos Nobeles la patria está expresa e implícita con idéntica entrega y verdadero amor.

Si en Juan Ramón Jiménez asoma, entre su grandeza, la vena burlona, irónica y hasta despiadada cuando de algunas personas se trataba, en Vicente Aleixandre, jamás. Un talante sereno, imparcial y justo aureola su personalidad. En el impetuoso avance de sus versos no aparece ninguna persona maltratada, o sonriente, o en serio. Ambos Nobeles son dos polos opuestos que confluyen en el privilegio creativo y en la inviolabilidad de su hacer. Lírico en el uno, lírico humano en el otro.

Y ambos marcan dos grandes épocas literarias. Vicente, como los demás de su generación, parte de la primera (Juan Ramón Jiménez) y abre la suya propia; 1936 y 1939 son dos hitos de suma trascendencia poética. Juan Ramón Jiménez ve pronto la guerra desde sus dolorosas lejanías. Aleixandre, enfermo, no apoyó su poder irse en su dolencia: se quedó aquí. Aceptó dignamente guerra y posguerra, consciente de que la creación lírica no tiene por qué «evadirse de su tiempo», pues la Poesía es universal y nos pertenece dondequiera que estemos y la hagamos. No existen buenas razones para dejar de crearla porque ocurra esto o aquello en el mundo, si éste nada tiene que ver con la Poesía. El dolor de Juan Ramón Jiménez yendo de una nación a otra penando por no oír «su español», lejos por fuerza de sus circunstancias de su España viva y sangrante, tiene tanta densidad como el de los poetas, Vicente, Dámaso, que se quedaron para que no se interrumpiera —y así lo consiguieron!— la feraz corriente divina de nuestro lirismo más entrañable y responsable.

En él se clavan, naturalmente, las preocupaciones humanas y sociales que el tiempo impone. Uno las manifiesta como podía y quiso desde su distancia, física solamente. Otros, trabajando profundamente en su visión de las circunstancias, hacen posible y asequible obra austera en ocasiones y arrolladora en otras. A Vicente Aleixandre le esperaba la misma culminación universal que a Juan Ramón Jiménez.

Era una tentación harto comprensible la de buscar la evasión que pudiera aliviar las tensiones de los malos años, pero no era ése el destino del poeta arraigado en una actitud solidaria. Lejos aún de las posibilidades, con riesgos de una literatura denunciadora o enigmática para los indiferentes, se protegía el «hueso» de la obra. Como Vicente. Como Dámaso, al fin, con sus *Hijos de la ira*, trágico alarido de disconformidad y desesperación impotente. El lector de estos poetas se sintió sacudido por aquellas vastas dimensiones de sus contemporáneos. En ellas hermanábanse lo telúrico con lo humano, lo

cósmico con, ¡ay!, cierta desesperanza... Todo fue acusación valerosa que se volcó a la Poesía dramáticamente, poniendo en ella sangre hecha espíritu.

Los historiadores que se tomen en serio su menester, harán posible el estudio a fondo y sin prejuicios de aquel período de posguerras española y universal, para poder valorar lo hecho por los poetas que se quedaron en su sitio patrio. Y cómo supieron sobreponerse a las miserias propias y ajenas, trabajando en la decantación creadora. ¡Cuánta pasión y vigorosa fe puestas a contribución!

Cuando llegó a los lectores *Hijos de la ira*, gran sobresalto para los «evadidos» del presente y los inquisidores del mismo. Nada más auténtico y hermoso que este libro-trallazo, este libro-llanto-represión estallada, que *Hijos de la ira*. Dámaso Alonso, con él conviví la guerra y fui alumna suya en la Universidad de Valencia, es un gran español que decidió vivir bajo el poder de los vencedores sin renunciar a su propia personalidad austera. Había que quedarse aquí, alguien o varios muchos, que mantuvieron viva la lumbre, por mínima que pudiese aparecer, que constituyera lumbre heredable para los que vinieren. Leña, sí, leña, quisieron ser y lo fueron sin quedarse jamás en cenizas.

De *Nacimiento último* (1953), de Vicente Aleixandre, escribió en *ABC* (12 de julio) Melchor Fernández Almagro que «era un puente que deja atrás la orilla fulgurante y edénica de *Sombra del paraíso* (1944), y que nos lleva, en visible contraste, a un mundo oscuro, de profundidad misteriosa, sin ese resplandor verbal y gozosos conceptos que, en tan gran parte, caracterizan la poesía de Vicente Aleixandre. Mucha tierra ensombrecida, poco de cielo diáfano...». Antes, advertía el ilustre amigo y gran crítico, que los poemas de este libro «están escritos entre la terminación de *Sombra del paraíso* y el comienzo de *Historia del corazón*».

Fernández Almagro vio en este libro que «el hombre que alienta en el poeta se mira hacia la entraña de su realidad corporal y se siente vivir, tierra adentro, en la vida tremenda de sus restos mortales»:

*El muerto alienta. Terco  
el cuerpo permanece. Hermosa vida  
sobrevivida vida que reúne  
pájaros pertinaces, hojas claras  
y luz, luz fija para el térreo labio... (11).*

Fernández Almagro advertía también: «Véase cómo el poeta asciende de la "tierra unitaria" a la fe y a la esperanza, impulsado por una especie de panteísmo poético que no es, en el fondo, sino una

(11) P. 19 de *Nacimiento último*.